

PABLO ROSALÍA y PATRICIA RIONDA, *Seres míticos en la oralidad de Córdoba*. Ilustr. de Gastón Liberto. Ediciones Willakuy Sacat, Córdoba, Argentina, 2024; 238 pp.

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá
josem.pedrosa@uah.es
orcid: 0000-0002-0221-2870

Desde algunos de los enclaves más silvestres y remotos de la provincia argentina de Córdoba, Pablo Rosalía y Patricia Rionda, etnógrafos, educadores, cineastas, fundadores e impulsores de la Asociación Civil y Cultural Relatos del Viento (Asociación para la Revalorización de la Cultura Popular y Campesina), así como de Ediciones Willakuy Sacat, llevan casi dos décadas desarrollando uno de los proyectos más originales y valiosos de los que se hallan en marcha en el mundo, en el terreno de la etnografía y de la recuperación del patrimonio cultural inmaterial. Y además (méritos nada usuales), en encomiable trabajo colaborativo con las comunidades a las que se acercan, y desde presupuestos que se enmarcan de manera deliberada dentro de la corriente de pensamiento que recibe la denominación de “ecocrítica”.

Cuando digo “en el mundo” no me refiero sólo al hispánico. Salta a la vista que los ya abundantes y continuados frutos de la labor de Rosalía, Rionda y sus colaboradores son de calidad tal que se despegan del suelo de la solvencia para elevarse hasta las alturas de la exquisitez. La base sobre la que construyen es de las más sólidas, puesto que no se limitan a viajar por horas o por días a comunidades en que hacer trabajo de campo puntual y pasajero, sino que se instalan por más tiempo en ellas, en sincronía con sus gentes, desarrollando actividades y talleres formativos y estableciendo lazos perdurables. De tal suerte que las personas con las que conversan e intercambian conocimientos se hacen acreedores del título de colaboradores, más que del de informantes.

De esos ritmos amplios y de esas complicidades profundas han surgido no sólo libros más o menos monográficos, como éste que reúne un consistente muestrario de relatos acerca de “18 seres [míticos] vinculados a nuestro paisaje” (p. 7). El elenco y la onomástica (no exhaustivos) de los númenes de los que recoge relatos este libro es el que sigue:

- La Madre del Agua, o Madre del Río, Sirena, Yacumama, Mayumama.
- La Umita, o Cabeza voladora, Upa.
- El Viejo Petiso, o el Petiso, Duende Sombrerudo, el Diablo, el Enano.
- La Madre del Maíz, o Mamasara.

Recepción: 9 de noviembre de 2025; aceptación: 28 de noviembre de 2025.

- El Duende, o el Chiquito, el Uñudo, el Duende Sombrerudo.
- La Bruja, o Mujer Pájaro, Mujer Voladora, la Bicha, el Pájaro-Bruja.
- El Minerito, o el Diablo de las minas, el Tío.
- El Cerro que Brama, o Cerro Retumbadero, Campanario, Campana o Tronador.
- El Toro Astas de Oro, o Toro del Cajón, Toro de la Laguna, Toro del Agua, Toro Guampas, Astas, Aspas o Cuernos de Oro, Toro de Encanto.
- La Viuda, o la Vieja.
- El Basilisco, o el Bicho Negro.
- El Dueño de los Animales, o el Padre, Padre Grande o Rey de los Animales, el Padrillo “y un sinnúmero de denominaciones específicas según la especie que protege”.
- La Mujer de Blanco, o la Dama de Blanco, la Novia de Blanco.
- El Alma Mula, o Mulánima, Mula Frailera.
- El Dueño del Monte, o Jefe de los Árboles, Árbol Llorón, Reza Árbol, el Viejito del Monte.
- El Perro con Cadenas, o el Perro del Diablo, el Familiar.
- El Diablo de la Salamanca, o el Tío, el Supay, el Maligno, el Mandinga.
- El Hombre Tigre, o Tigre Capiango, Hombre Jaguar, Runa Uturunco.

Relatos del Viento ha alumbrado, antes de éste que ahora nace, libros de espectro más amplio, como el muy polifacético, riquísimo en toda especie de informaciones etnográficas, *Esas son cosas de antes. Un recorrido por las tradiciones orales, ritos, creencias, saberes y otras expresiones culturales de los departamentos de Pocho y Minas (provincia de Córdoba, Argentina)*, edición digital de la Asociación Civil y Cultural Relatos del Viento, 2021, de Pablo Rosalía. Mucho antes habían nacido los dos volúmenes titulados *Relatos del Viento I y II* publicados por Rosalía y Rionda en Córdoba, Ediciones Willakuy Sacat, cuyas fechas de 2010 y 2013 dan fe de la madurez que va ganando el proyecto.

Y si el cimientito es firme y trabado, el remate es suntuoso. Cualquiera que contemple y escuche las filmaciones de las que han salido los relatos transcritos en este libro, por la ruta de acceso a voces, rostros y paisajes mediante cómodos códigos QR, o gracias a las breves películas documentales que Relatos del Viento pone a disposición de todo el mundo en su canal de YouTube, percibirá que, sin dejar de ser de un interés etnográfico máximo, son también de un muy inusual refinamiento artístico. El tratamiento cuidadosísimo de las personas y de las voces se ve muy realizado, en estas concentradas obras de arte a las que sólo puede hacerse el reproche de la brevedad, por una atención a la luz y al paisaje, a los murmullos de la vegetación y de la fauna, a la arquitectura de subsistencia que envuelve a los narradores humanos, que no suelen quedar registrados con tanta poesía ni delicadeza en otros documentos etnográficos.

El afán de dar cuenta fidedigna de un mundo que está hecho mucho más de los sonidos y colores del campo y de los rostros y el entorno

de la gente que de la muda, fría y desnaturalizadora taquigrafía de las letras, en que los académicos solemos cifrarlo todo, enlaza con la entraña poética de los relatos que nos acerca este libro-película-objeto artístico (con preciosas ilustraciones de Gastón Liberto) elaborado no sólo para ser leído, sino también para ser escuchado y contemplado. Porque el tópico más obstinado, el *leitmotiv* fundamental de prácticamente todos los testimonios relativos a los númenes silvestres evocados por los campesinos de la Córdoba argentina, es justamente el de su percepción acústica, tan primordial que muchas veces el sonido se convierte en indicio único o esencial del contacto de esos seres con los humanos: gritos, bramidos, llantos, silbidos, chasquidos, balidos, risas, ecos, etcétera, son evocados con horror, por las voces narradoras, una y otra vez.

Lo ilustra, por ejemplo, el que a la Cabeza Voladora la llamen también “Upa”, “Uma” y “Umita”, por los gorjeos que se dice que emite: “aparece la Umita rondando el rancho con un silbido fuerte que se escuchaba por todos los lados... *up up up*” (p. 31). Naturalmente, las creencias del pueblo no dejan estas mimologías en el estatus de simples ruidos de fondo, sino que las convierten en motores de reacciones e interacciones, de miedos y tabúes de los humanos: para empezar, a la uma “no hay que andar remedándole... su quejido o su silbido” (p. 29), si no se quiere recibir un duro y mitológico castigo. De ahí se puede colegir que la abrumadora sinfonía de la naturaleza cordobesa filtrada por el mito, a la que los humanos no son capaces de dar respuesta, o a la que no pueden dar otra respuesta que no sea la del ritual contemporizador o los defensivos o repelentes oración y exorcismo (exposición de una cruz, de un cuchillo, de un arma), es señal de que, en aquellos campos de la Córdoba argentina, la naturaleza sigue mandando sobre las personas, y no al revés.

Mucho más cabría decir acerca de las músicas silvestres que vertebran estas mitologías. Un ejemplo: de los accidentes montañosos se cuenta que “cuando el cerro se enojaba, se sentía un bramido adentro, que daba miedo” (p. 21). De hecho, al Cerro que Brama “le llaman El Retumbadero. El tal Retumbadero... muchos dicen que antes retumbaban ahí... como antes decían que los cerros bramaban, como un bramido en las noches más que todo serenas” (p. 97). Es llamativo que esa música salvaje pueda resultar tan significativa que

en Villa Quilino se guarda memoria de un promontorio rocoso que destacaba sobre una loma, de cuatro metros de altura y forma cónica. Esta gran roca, de una sola pieza, presentaba en su cúspide una grieta de un metro de profundidad aproximadamente. Cuando el viento del noroeste soplabla, esa hendidura producía un estremecedor rugido que iba cambiando de acuerdo a si el viento era más fuerte o más suave, y se convertía este sonido como un alarido que se oía a larga distancia. Para los pueblos originarios que allí habitaban, ese fenómeno era atribuido

al dios del viento, quien se manifestaba ante alguna falta o disconformidad, activando una serie de rituales y ofrendas para calmar su ira (p. 96).

Músicas filtradas por las piedras, que acercan estas orografías y estas melodías salvajes del sur del mundo a las que en otros continentes han sido denominadas arpas eólicas naturales; y a leyendas viejísimas, como la de la gruta de Fingal, en las Hébridas escocesas, productora de armonías incesantes arrancadas por el viento; como la de los colosos de Memnón que cantaban al amanecer, despertados por la brisa, en el Luxor egipcio; o como la de la peña que propició la invención de la música por los griegos, quienes, según las palabras escritas por orden del rey Alfonso X hacia 1275 (*General estoria. Primera parte*, VII, 37; ed. Pedro Sánchez Prieto-Borja, Universidad, Alcalá de Henares, 2002),

vieron cómo era cavada dedentro, e avié en ella siete forados abiertos fechos a grados, los unos anchos, los otros más angostos, e los unos altos e los otros baxos, e eran fechos de grado en grado. E vieron otrossí cómo entravan los vientos en ell agua del mar, e salié por aquellos forados, e fazién aquellos sonos tan dulces. E allí aprendieron ellos ell arte de la música, e ý fallaron las siete mutaciones d'ella complidamientre.

La analogía de la música producida, se creía, por el numen del viento en la Argentina contemporánea, y la de la música producida, se decía, por el viento en la antigua Grecia, según la explicación española medieval, resulta sin duda impresionante. ¿Cómo explicarla? Pues como tantas coincidencias pueden ser explicables, en el orden de los relatos de raíz tradicional: porque ambos son astros de una constelación amplísima (o, si se quiere, de una larga y elástica tradición), en la que orbitan muchas otras leyendas lejanamente emparentadas, de explicaciones mágicas del sonido que arranca el viento a ciertos singulares accidentes orográficos.

Alguna vez era detectado, por lo demás, el Duende porque “oíamos el llanto di una criaturita” (p. 63). En relación con la Bruja “decían que cuando se sentían las carcajadas alguien fallecía, y que cuando se las escuchaba carcajear había que putearlas” (p. 69). Del Toro Astas de Oro se contaba que “salía a la orilla y llamaba a toda la hacienda de ese lugar. La gente lo oían balar pero no lo veían” (p. 112). Del Alma Mula se recordaba que “una vez yo venía del Puesto Grande. Sabía que andaba una Almamula... Salió el viento del Sur, fuerte, muy fuerte. Saben decir que cuando sale el viento del Sur muy fuerte salen almas-mulas. Aprovechan las tempestades. Entonce yo vine por el camino carretero. Sentí gritar. Es un grito como un relincho y un quejido, que hace estremecer” (p. 159). Entre las muchas creencias relativas al Dueño del Monte estaba la de “ese majestuoso mistol de un tamaño inmenso... Supuestamente dicen que cuando a ese árbol van a hacharlo... hay una queja: se queja el árbol, se queja” (p. 172). Del Diablo de la Salamanca se decía

que en “la barranquita mala, siempre me contaba mi padre... que allí se tocaba la guitarra a la noche, pero eran los mandingas, los diablos” (p. 189). Etcétera. El abrumador paisaje sonoro del que nos traen resonancias estos relatos resulta, bien se aprecia, tan significativo por lo menos como los propios paisajes físico y humano.

Otras claves profundas del mito y de sus ideologías subyacentes vuelven a ser más fácilmente descifrables desde la trama de los informes apretados, pero de organización panorámica, que nos comunica este libro. La subordinación del precario campesino cordobés a las fuerzas de la naturaleza propicia dos tipos de negociación: una que pudiéramos llamar positiva y ética, y otra negativa y pecaminosa. La relación positiva se establece cuando los humanos, se dice, llegan a acuerdos para no abusar de los recursos naturales (es decir, para consumir sólo lo necesario) con la Madre del Agua, la Madre del Río, la Madre del Maíz, el Dueño de los Animales, el Dueño del Monte, el Minerito, el Jefe de los Árboles, el Viejito del Monte, etc. La relación negativa queda sellada cuando los humanos hacen pacto con el Diablo de la Salamanca, el Yastay, el Perro Negro con Cadenas, el Familiar, el Mandinga, con el fin de hacerse ricos, a cambio por lo común de comprometer pecaminosamente su alma o la existencia de algún pariente.

Nadie ignora que la pugna por el espacio silvestre cordobés que enfrenta a los entes míticos, otrora poderosos, con los seres humanos, cada día más pujantes, está ganada ya por los segundos. No es casual que todos los relatos que atesora este libro estén, de hecho, en tiempo pasado; de muchos de esos seres míticos los recuerdos que quedan son sólo los que se dice que transmiten los viejos; y no pocos dan cuenta de la (al fin suicida) guerra de exterminio de los segundos contra los primeros. Así hace, por ejemplo, el de “Cuando mataron a la Madre del Agua”,

que era una gran laguna (la laguna de Los Molles) y que aún parecía que se juntaba con la Mar Chiquita. Entonces dice que fueron todos los que iban a ver a la sirena y... a matarla, con el arma. Le tiraron un tiro, y le pegaron. Y le pegaron y dicen que como le pegaron dio un ale-tazo así y cayó... a la laguna. Y al momento dice que se ensangrentó ¡se puso roja la laguna! Sí, toda el agua (p. 19).

De todas estas mitologías crepusculares, en las que se mezclan sin duda ingredientes de raíz indígena y de procedencia española y europea, hay ejemplos profusos y dramáticos en este libro, que son distribuidos en dos órdenes: en primer lugar están los registrados por los autores; a continuación son consignadas versiones sacadas de bibliografías anteriores. Al respecto, explican Rosalía y Rionda que

en relación a las fuentes consultadas para Córdoba, hemos aportado valioso material etnohistórico de la excepcional Encuesta Nacional del

Folklore de 1921 como así también, de Julio Viggiano Esaín y Francisco Alcalde Espejo, investigador y explorador que a mediados del s. xx y finales del s. xix respectivamente, recorrieron buena parte de la provincia. Para darle un marco regional y poder disfrutar de la diversidad y riqueza de las descripciones sobre cada ser, hemos incorporado relatos recopilados por Berta Vidal de Battini en provincias vecinas. Por supuesto, las características de cada ser no se agotan en todo este corpus (p. 8).

No se debe pasar por alto que “las potentes ilustraciones son una propuesta del artista Gastón Liberto, creadas luego de una larga reflexión en conjunto. Cada imagen merecería un extenso apartado explicativo porque en ellas interactúan relatos, símbolos, expresiones, formas y tonalidades” (p. 8): pruebas adicionales de que estamos ante una obra de arte que trasciende las costuras convencionales del libro impreso.

Entre las demás razones para el asombro está, por lo demás, la de que este libro-película-objeto artístico y el sólido proyecto que lo respalda no se hallan protegidos de manera formal ni estable por ninguna institución universitaria. Relatos del Viento y Ediciones Willakuy Sacat son iniciativas privadas que regalan, con medios muy modestos, frutos sobresalientes; y cuyos motores principales son el compromiso y el entusiasmo de sus impulsores, puesto que las subvenciones, que siempre se quedan cortas y son puntuales, salen de instituciones y asociaciones locales. Contrasta esta precariedad y provisionalidad con los recursos de otras grandes iniciativas en el terreno de la investigación etnográfica y de la recuperación del patrimonio cultural inmaterial y material en el mundo hispánico: por ejemplo, con los del Laboratorio Nacional de Materiales Orales (LANMO), que forma parte del entramado académico e institucional de una de las mayores universidades del mundo, la UNAM (sede de Morelia, México); el Corpus de Literatura Oral, que alberga en su seno la Universidad de Jaén; la Fundación Joaquín Díaz de Urueña (Valladolid), apoyada por la Junta de Castilla y León y otras entidades; el programa etnográfico de la Fundación Labayru, favorecida por el Gobierno Vasco y otras entidades..., etcétera.

Hay muy pocos parangones, en fin, en el panorama de las humanidades internacionales, de tanto y tan buen hacer, y con tan poco.